

EL AMIGO DEL OBRERO

REDACCIÓN: Dña. LUIS P. LENGUAS y MIGUEL PEREA
Secretaría de Redacción: JUAN N. QUAGLIOTTI
Redacción: MERCADERES 217

CORRESPONSALES: En París: François Venturi; en Chile: Ugo; Max Tumbler

Órgano de los Círculos Católicos de Obreros del Uruguay
APARECE LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

ADMINISTRACIÓN: Mercedes 947 — Administrador: HORACIO CAMPODÓNICO
TELÉFONO: "LA COOPERATIVA" Núm. 529
Suscripción en la Capital (por mes) \$0.20 — En Campaña (semestral adelantado) \$1.20
No se pague ningún recibo que no lleve el sello de la Administración

INDICADOR CRISTIANO

Domingo 5 — Quinquagesima — Santos Adrián, Eusebio y comp. mrt. Teófilo, Virgilio y Eugenia, m. — Carnaval. Lunes 6 — Stos. Víctor, Zenón y Olegario, Bonifacio, m. y Colta. Martes 7 — Stos. Tomás de Aquino, Dr. stas. Perpetua y Felicitas, m. — Cien años las velaciones. Miércoles 8 — Miércoles de Ceniza. Stos. Antonio y Poncio, mrt. y Juan de Dios fund. — Ayuno y abstinencia. Jueves 9 — Stos. Gregorio, Cirilo, Melodio y Catalina de Bolonia. Viernes 10 — Stos. Melitón y op. m. de Sebastio, Dionisio y Cipriano m. — Ayuno y abst. Sábado 11 — Stos. Fulgencio, Constantino, Fermín y Aurea.

EL AMIGO DEL OBRERO

Sábado, 4 de Marzo de 1916

EL USO DEL INDULTO

LA PASTORAL DE NUESTRO AMADO PRELADO

En la Pastoral se consigna la siguiente disposición:

Cumpliendo, pues, lo dispuesto por S. S. Pío X (d. l. m.) en el decreto precedente, concederemos, por facultad apostólica, a todos los fieles de esta Arquidiócesis y de las diócesis sufragáneas de Salto y Melo, el uso del indulto en la forma establecida, hasta la Cuaresma del año venidero, en que se renovará la publicación como está mandado.

Al mismo tiempo recomendamos a los señores Curas y Rectores de Iglesia las coletas en los días fijados, y a los fieles que procuren orar especialmente según los fines e intenciones de la Santa Iglesia, encareciendo a nuestro clero y a nuestros fieles el exacto cumplimiento de todas y cada una de las concesiones que otorga el Santo Padre y de las obligaciones que impone.

Como se ve, los ayunos y abstinencias que quedan en vigencia después de las generosas dispensas concedidas por el Santo Pontífice Pío X para nuestra América, son las siguientes:

En el Adviento — Los viernes, ayuno sin abstinencia; y si la fiesta de la Inmaculada cae en viernes, ese ayuno queda dispensado.

En la Cuaresma — Miércoles de Ceniza, ayuno con abstinencia; los demás miércoles, incluso el de Semana Santa ayuno sin abstinencia. Los viernes ayuno con abstinencia.

En la Semana Santa — Miércoles simple ayuno, y jueves y viernes ayuno con abstinencia.

Las cuatro vigilias principales, de Navidad, Espíritu Santo (Pentecostés), Ascensión y San Pedro y San Pablo, solo abstinencia.

Además hacemos presente que el Santo Padre ha concedido en la parvada de la mañana el uso de la leche y de lacteos en general. En la coleccion igualmente son permitidos los lacteos, huevos y pescados.

A pedido nuestro, Su Santidad Pío X se dignó conceder que en esta República, como en la Argentina y Chile, "se pueda promediar" en todos los días de ayuno suprimidos, tanto en la Cuaresma como en el Adviento Temporal, etc., dejando solo observarse la no promediar en los días en que según el indulto queda la obligación de ayunar.

El código de los códigos

Dios legislador supremo, en vista de que los hombres se habían olvidado casi por completo de las leyes que les impusiera en la creación, grabó estas un día en dos fragmentos de piedra, y así codificadas, entrelazadas, por medio de Moisés al pueblo hebreo.

He aquí el código de los códigos: ese Decálogo sublime, conocido vulgarmente con el nombre de "Mandamientos de Dios". No, su autor no fue un puro hombre, ni una divinidad ficticia de las muchas que se adoraban en la antigüedad. Fue el único y verdadero Dios; el mismo que formó los cielos y la tierra; el que tantos prodigios realizó en Egipto por medio de su siervo Moisés; el que acogió a Parón con su ejército en el mar Rojo; el que llevó triunfante y victorioso al pueblo hebreo hasta la tierra prometida; el mismo, en fin, que después tantos y tantos milagros obrara por medio de los profetas y santos de Israel. Esta sola cualidad, su origen inmediatamente divino, coloca ya ese código sobre todas las legislaciones del mundo. Podrán ser estas todo lo perfectas que se quiera pero siempre serán humanas; y la diferencia entre lo humano y lo divino es infinita.

Pero aun dado el caso que no se admitiera la inmediata procedencia del decálogo del Supremo Legislador, — como no la admiten los racionalistas — existen otras muchas razones que nos demuestran la excelencia de ese código, las cuales nadie puede rechazar.

El hombre tiene deberes para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes. Las legislaciones antiguas, como las modernas que no se fun-

dan en el Decálogo, son en estos puntos muy deficientes. Si se trata de Dios, o no hacen mención de El para nada, o prescriben en cosas indignas de su divinidad; si del hombre, unas le deprimen hasta los suelos, y otras lo ennoblecen hasta los cielos; si de la colectividad, cuántas leyes opresoras e injustas en esas legislaciones! cuántas de ellas absurdas, en materia de justicia y de moralidad! Nada de esto se halla en el Decálogo; al contrario de él todo es justicia y equidad, y todos los deberes del hombre se encuentran epilogados con una claridad.

Léanse las tres primeras leyes (qué otra cosa necesita saber el hombre para conocer los deberes que tiene para con la Divinidad? Amor, obediencia, culto interno, fí en su providencia, esperanza en sus promesas, he aquí en resumen los deberes del hombre consigo mismo y con los demás: "Honra y venera a tu padre, dicen, no cometas homicidio; no seas lujurioso y sensual; no desees a los bienes ajenos; no digas falsos testimonios; no mentiras; no desees la mujer de tu prójimo; no codicies los bienes ajenos"; pueden darse leyes más sabias y perfectas para el individuo y para la sociedad? ¡Ah! bien observadas, ellas solas bastarían para formar de los pueblos y de las naciones lindos y felices seres de virtud y de justicia.

Porque, he ahí otra de las excelencias del Decálogo. Es el pítame de todas las virtudes y el antídoto más eficaz contra todos los vicios; y por consiguiente, amablemente benéfico para la sociedad.

¿Qué virtud moral o social puede practicar el hombre que directa o indirectamente no se prescriba en ese Código? ¿Qué pasión debe condenar y rechazar que no se halle por él condenada y reprobada? Las virtudes teológicas "fe, esperanza y caridad", están indicadas y prescritas en el primer mandamiento; y las cardinales "prudencia, justicia, fortaleza y templanza" con sus respectivas hijas "verdad, abstinencia, largueza, honestidad, celo, amor, paciencia y diligencia" en las nueve restantes.

Los vicios que pueden surgir de cualquiera pasión desordenada, tan fatales al individuo y a la sociedad, halláanse también proscriptos por las leyes de ese Código. Por la 1.ª y la 4.ª la "soberbia"; por la 7.ª y la 10.ª la "avaricia"; por la 7.ª y la 9.ª la "gula" y la "impureza"; la "ira" por la 5.ª y la "perezosa" por la 1.ª y la 10.ª. Como se ve, guardando las leyes de ese Código, se desvirtúan todos los vicios y se practican todas las virtudes. ¿Qué leyes humanas se conocen tan útiles como estas a la sociedad? ¡Oh! cuántos comentarios podríamos hacer sobre este punto! cuántas justas reconveniones podríamos dirigir a los legisladores y gobernantes de las naciones, cuyas leyes a menudo veces no solamente no se adaptan a ese Código sublime, sino que le son manifestamente contrarios! Y que tratan que en sus pueblos florezcan virtudes sociales: que, reinen la paz y la tranquilidad! Y, pero, ¿sigamos con nuestro tema principal.

Admirable, sí, es también el Código que nos ocupa por el carácter de "universalidad" grabado en sus leyes. No son éstas como las puramente humanas, para este a aquel pueblo, para el pasado o presente siglo, sino para todos los pueblos, para toda la humanidad, para todos los siglos y para las épocas. Llevan el sello de la esencia de su autor. No es Dios padre y gobernador solamente de un pueblo o Estado de la tierra, sino de todos los pueblos y de todos los Estados; no es su "Voluntad" voluble, sino eterna. Pasarán los siglos, cambiarán las costumbres, las naciones con sus leyes se transformarán y el Decálogo permanecerá inmutable: es el Código de la naturaleza humana; no puede cambiar, como aquella mientras existan los hombres, no cambiará jamás.

Apuntamos, por fin, otra razón que confirma todo lo dicho. Es la intachable certeza de los premios y castigos ajenos a la observancia o inobservancia de las leyes del Decálogo.

Las promesas humanas son siempre inciertas; la mayoría de las veces no se cumplen; el premio a la virtud y al mérito se da por lo general al que menos lo merece. Los castigos, o se eluden completamente por medio de astutas amenazas, o sobornos, o si se aplican, corresponden a la culpa. "Las leyes humanas — dice un célebre escritor — son de ordinario como las telarañas, que aprisionan a los débiles insectillos y son rotas por los pájaros grandes que libremente pasan por ellas, volando". No sucede así con las promesas y castigos de Dios. Este divino Legislador sancionó sus leyes diciendo: A los que observen mis mandamientos les concederé la paz del alma en la tierra y la felicidad eterna en el cielo. Los que voluntariamente los infringen serán desgraciados en esta vida y eternamente infelices en la otra. Y Dios es omnipotente y justísimo, siempre Dios; ha de cumplir su palabra. Así lo ha jurado: Los cielos y la tierra pasarán, — dijo — pero mi palabra es eterna.

Ahora bien, ¿qué garantía mejor que esta para el cumplimiento de una ley? Es, a mi juicio, la única eficaz; pues la experiencia cotidiana nos enseña que ni el honor, ni la conciencia, ni la autoridad humana, ni el presidio, ni la muerte misma tienen virtud suficiente para mantener a los hombres dentro de los límites del deber. Para esto se precisan garantías más eficaces: la fe en una autoridad superior a la humana y en pre-

mios y castigos más reales y positivos que los de este mundo. Terminemos, pues, confesando que el Decálogo es el Código de los Códigos, la legislación más sabia, más santa, más sublime que se conoce, y la más útil para el hombre y para la sociedad. Confesarán también esto los alicinados defensores del Derecho Natural? ¿Dios lo quiera!!

Fr. A. V.

NOTAS DEL DÍA

El mitin romano

Se realizó el 1.º por la noche el mitin batli-vieri-colgialista. Era de prever que, dado el empeño oficial, la tenacidad y el anhelo con que se preparaba esa manifestación "popular" y dados los poderosos recursos que el gobierno emplea para estos actos, habría una cantidad mayor que en el mitin del 1.º de Marzo de 1915. No fue así, sin embargo; el engranaje oficial funcionó como nunca, e hizo maravillas; más, a pesar de todo, parece que ni los mismos colgialistas se muestran satisfechos del resultado. Ellos esperaban más, mucho más. El ver a aquellas turbas desfiliando con "entusiasmo federal" más o menos espontáneo oprimía el corazón y evocaba visiones del Bajo Imperio Romano, cuando las multitudinarias degeneradas clamaban miserablemente: ¡Ave César, divino! o las épocas, más recientes, en que los sicarios roscistas gritaban: ¡Viva y reine siempre sobre nosotros, el ilustre Restaurador de las Leyes!

Hasta un episodio tuvo de común, la manifestación del miércoles, con aquellas exageradas manifestaciones de baja "cultura" y cortesanía que se establecieron en tiempos de Rosas: hubo un culto que llevó en andas, como en procesión, la imagen de Batlle en un cuadro con marco y cristall.

Estas extravagancias corren parejas con la de desparanar a los cuatro vientos pequeños volantes rojos de forma circular, en los que se leía a modo de letreros, una de estas frases: "Batlle portentoso" o "Batlle, el Fuerte" o en otros: "Batlle el Inmortal", "Batlle el Grande" etc., etc. No sabemos si alguno de ellos, lo trataba de "divino" como cierto periodista extranjero que se ha destacado por sus dithirambos y elogios ridículos a fuerza de ser exagerados, el cual, en una conferencia realizada en el teatro Urquiza, no tuvo empacho en llamar a Batlle "señoritas" obteniendo de aquel público envilecido una tempestad de aplausos.

Indúltese decir que los que marchaban el paso a la perfección, eran una buena parte. Abundaban las figuras patibularias y los paisanos que venían por primera vez a Montevideo a las órdenes de algún candillo local. Divisas y gollitas y clavetes rojos, los había en número tal, que uno se inclinaba a pensar que se había dado a todos la orden de llevar esa "honrosa" insignia de tiempos que debían, ya, estar muy lejanos. Hasta hemos visto un abanderado que iba cubierto de rojo de la cabeza a los pies... Se cantó también el flamante himno "al Partido Colorado" en el cual solo se habla, puede decirse, de Batlle y Viera, siguiendo la costumbre de identificar a Batlle (y a su sombra, Viera) con el Partido Colorado, como también se quiere identificarlo con el pueblo, cuando repiten, como un sarcasmo, la famosa frase de los decretos futuros: "El pueblo dispone"; ¡Pobre pueblo! ¿Qué has de disponer, tú si tus representantes (o los que se titulan tales) hacen malísimo caso de ti, de tu soberanía, de tu opinión, de tus deseos y de tus necesidades?

Estamos seguros, sin embargo, de que don José Batlle ha soñado placidamente, en la noche del miércoles, que, vestido de púrpura en medio de una multitud delirante de alegría y entusiasmo, recibía sobre sus sienes una rica y artística corona imperial, resultado de un plebiscito, por el cual se había revelado clara, terminante, energética, la máxima voluntad nacional... ¿Por qué? ¿pensaría él — he de ser menos que el príncipe Luis Napoleón Bonaparte, o el democrático Yuan-Shi-Kai?

En cambio, nosotros, que nos retiramos con la penosa impresión que deja todo espectáculo bochornoso, soñamos con que una turba de míseros esclavos, prorraban al mejor postor su alma y su conciencia y extendían sus dos brazos pidiendo al par un mendrugo y unas potentes cadenas...

Tomen ejemplo

El diario "La Provincia" de Paraná (R. A.) trae la noticia de un interesante y ejemplar rasgo del joven Alfredo Hernández, hijo del candidato a senador nacional, doctor Sabá Z. Hernández.

"Viniendo hoy de su estancia — dice el colega — encontró empujando en el camino el automóvil que conducía al diputado radical por Gualeguay-Victoria, doctor Laferrrière. El joven Hernández prestó auxilio y condujo al pariente a la trataba de un miembro de la legislatura que diputado, no obstante saber que se venía ganando horas para votar contra la candidatura de su padre. Este acto es muy comentado."

Este ejemplo de generosidad y de tolerancia con un adversario, debía servir de modelo a muchos políticos nuestros, sobre todo a los oficialistas, que se distinguen precisamente por su extremada

condescendencia y cortesía con sus adversarios políticos.

¿Habrá algún legislador de la mayoría capaz de realizar una acción semejante con un miembro de la oposición condescendiente que acudiese a marchas forzadas para votar en contra de una ley de Batlle?

Peut-être... mais je ne le crois pas.

LA ESCUELA

Por tratarse de un tópico que en estos momentos y siempre tiene gran importancia para todos los que pertenecen al círculo católico y aun para aquellos que, sin ser católicos, aspiran a dar a sus hijos una educación sana y esmerada, transcribimos de nuestro estimado colega "Los Principios" de San José el siguiente interesante y bien meditado artículo, sobre el deber que tienen los padres de elegir con mucho cuidado la escuela en que sus hijos han de beber los conocimientos necesarios y han de continuar recibiendo la educación comenzada en el hogar:

En el presente mes de Marzo empezarán a funcionar todos los colegios del país a donde debe acudir nuestra niñez para iniciarse unos y perfeccionarse los otros en los conocimientos del saber humano que abren las puertas del porvenir a los jóvenes y a los hombres que a unos y a otros deben servirles de guía en las luchas por la vida.

De ahí nace la importancia suma que para los niños, para los padres y para la sociedad reviste la escuela, la que, bajo ningún concepto, puede mirarse con indiferencia por parte de nadie: pues constituye el molde en que se forma la inteligencia del hombre y muchas veces el corazón. En sus bancas traza casi siempre el niño la línea de conducta a que sujeta sus actos en el futuro de su existencia. Y en las ideas que en esa mente haya bebido se refleja su porvenir en la vida social.

El hombre empieza a formarse en las rodillas de la madre. Allí se trazan los primeros lineamientos que han de dar forma y moldear más tarde la inteligencia infantil. Pero esa catedral materna dura muy poco tiempo. Pronto resbala el niño de las rodillas de la que le dio el ser para ir a sentarse en las bancas de la escuela donde, o se forjan por completo las primeras ideas, o los primeros sentimientos que el amor maternal hiciera brotar en la inteligencia y en el corazón del niño, o se desarrollan y perfeccionan siguiendo la misma dirección que aquella les impulsara. Desgraciadamente en nuestra época sucede con más frecuencia lo primero que lo segundo. Influyen mucho más en el niño las ideas continuamente repetidas del maestro que las de la madre.

Por eso uno de las preocupaciones principales de los padres y una de las más apremiantes obligaciones que les impone su carácter de tales debe ser la elección de la escuela que han de frecuentar sus hijos y el conocimiento de las condiciones del maestro que ha de ocupar su puesto en la formación de esos pequeños seres que les ha brindado Dios.

En esta una obligación, un deber que ningún padre puede, bajo ningún concepto, eludir, sin comprometer seriamente su conciencia y sin lesionar los compromisos que lo ligan con la sociedad a lo que necesariamente tienen, más tarde o más temprano, que incorporarse sus hijos, llevando hacia ella la educación buena o mala que hubieren recibido en la escuela; las ideas y los sentimientos que hubieran bebido en esa fuente de los conocimientos humanos.

Factores esenciales del porvenir y de las sociedades del mañana, los niños que hoy alegres y jugetones rebotan en la primavera de la existencia, necesitan de una educación sólida y apropiada a la misión que deben desempeñar en el futuro, lo mismo en el seno del hogar que en el seno de la sociedad y en el seno de la patria; necesitan de una educación que los habilite para desempeñar con altura y honradez esa misión.

Desgraciadamente el engranaje en que está montado nuestro sistema de enseñanza pública no es el más apropiado para formar los elementos que exigen los momentos actuales; no es el más apropiado para educar, por más de que de nuestras escuelas, de nuestros centros de enseñanza, de nuestras universidades salgan hombres muy ilustrados, si se quiere; pero la ilustración sola no basta. El hombre no consta solamente de inteligencia sino que posee corazón: no basta formar solamente al ser intelectual sino que es necesario, formar al ser moral. Y esto no se conseguirá jamás nuestros sistemas de enseñanza desde que de ellos se ha excluido toda idea de Dios, toda noción de Religión. Y como ha dicho Rousseau: "No comprendo que nadie pueda ser virtuoso sin Religión". Y este señor Rousseau, no era por cierto ningún fanático. Como no era tampoco ningún fanático el célebre poeta francés Víctor Hugo, quien ha escrito: "Sería necesario condenar a las cárceles a los padres que mandan a sus hijos a aquellas escuelas en cuyas puertas está escrito: 'Aquí no se enseña Religión'".

Pero nuestros gobernantes no han tenido para nada en cuenta la idea de Dios; la han suprimido de una sola plumada, formando la escuela puramente laica; la escuela atea y amenazando con severas penas a los maestros que infligieran esa disposición gubernativa. A los padres toca, pues, seleccionar la

escuela a donde han de concurrir sus hijos y los maestros encargados de formarlos, a ellos toca vigilar sobre la educación de sus hijos y contribuir por todos los medios posibles, para que esa educación vaya siempre acompañada de la idea de Dios, de la noción de Religión, sin las cuales toda enseñanza será defectuosa y perjudicial; pues como dice Guizot: "Es menester que la instrucción popular se de y se reciba en medio de un ambiente religioso, donde las impresiones y las costumbres de la Religión, penetren por todos lados".

CARTA DE MADRID

No todo está perdido

Madrid, Enero 1916.

"Estamos perdidos", "España no vive ni significa nada en el mundo", "nuestra decadencia es completa e irremediable", "no tenemos patriotismo, ni dotes para gobernarnos, ni siquiera instituto de la vida colectiva, ni hombres públicos dignos de tal nombre, ni sabemos explotar nuestra riqueza, ni crear industria, ni organizar el Ejército".

Así se oye decir por todas partes. Lo mismo en las encumbradas regiones del intelectualismo, donde se perora de la inextinguible incapacidad de la raza hispana para ninguna cosa de provecho, o de su degeneración por efecto del fanatismo y errores de antaño, que en las más modestas testudias y en los más vulgares corrillos de gente desocupada.

Hace ya mucho tiempo que estas especies, tan alentadoras de la actividad nacional, andan sueltas por España. Figuro que una especialidad en poner a su patria por los pies de los caballos. Todo le parecía mal aquí, desde la política hasta los braseros y las camillas. Escribí enormidades en este sentido: "Sapiente por un momento, aunque te pese el figurarte, que eres español. No te pese, que esto no es más que una figuración." Todo lo bueno, bonito y barato estaba, según Larra, en el extranjero. Verdad que cuando fui a París, escribí allá: "La política está reducida en todas partes a un astuto charlatanismo. El mal que padece España es la enfermedad reinante en Europa, la enfermedad de un siglo de medias tintas, de medianías, de cosas a medio hacer, de una época de pobreza de espíritu sintetizada por la palabra "étnasi".

Esto sucedía en 1845. Desde entonces ha llovido mucho, y la raza de los españoles denigradores de España ha crecido prodigiosamente. Hasta 1898 hubo una masa cándida que creía en la fuerza de su patria, sin duda con exceso, pero se la figuraba capaz de vencer a los Estados Unidos o a cualquiera que se le pusiera por delante. Vino el desastre, y esa masa se disolvió. Quedaron solos en el escenario los cantores de las desdichas irremediables, de la incapacidad nativa, de la degeneración sin esperanzas.

Surgió toda una literatura que llamaron regeneradora, y cuya substancia era decir a los españoles: "Si queréis curaros de vuestras laceras, es menester que seáis otros hombres; nada de lo que debéis a la naturaleza a vuestra vida histórica es aprovechable. Despojados de todo." Los españoles respondieron con atribulada voz: "¿Pero cómo hacer eso? Si no tienen ustedes un remedio más fácil, nos damos por muertos".

Muchos se han dado ya por cadáveres. El autopesimismo crece, y crece en atrozadoras proporciones. Con motivo de las disputas suscitadas por la guerra europea, sabe apreciar su extensión actual; tenemos en abundancia francófilos que lo son porque no conciben cómo podría seguir viviendo España si Francia perdiese su influjo sobre nosotros; tenemos germanófilos, animados por la esperanza de que Alemania vencedora nos eche una mano para sacarnos de la sima en que hemos caído. A nadie parece ocurrirnos que podamos vivir, con la ayuda de Dios, por nosotros mismos, o salir del atolladero por nuestro propio esfuerzo.

Estando así las cosas, nos ha consolado algo un artículo del señor Salazar, en el "ABC". Se titula el artículo, si no recuerdo mal en este momento, "El tono", y viene a decir que en este pesimismo ambiente tiene más parte el tono con que nos hemos acostumbrado a tratar de nuestras cosas que las cosas mismas, tal y como son en realidad. Ya escribí Campoamor:

En este mundo traidor nada es verdad ni mentira; todo es según el color del cristal con que se mira.

Para mirar a España hemos tomado el vidrio de los españoles de hacerlo a través de un cristal negro, y, naturalmente, la vemos negra. O sólo nos fijamos en las arrugas que afean su rostro y en los alfileres que padece. Si atenderáramos a la hermosura que todavía conserva y a los síntomas de salud y robustez que halla en su naturaleza cualquiera que la observe desapasionadamente, sería otro el tono con que hablaríamos de ella.

También nos han animado un poco unas declaraciones de D. Ramón Menéndez Pidal que publica el semanario "España". Don Ramón dice terminantemente que hay que desear la opinión de una incapacidad de raza. Tampoco ve la degeneración que suponen algunos. "La virtud y el vigor de la masa popular española están, según el señor Menéndez Pidal, atenuados, dormidos, latentes; pero a poco que se acerque uno

al pueblo encuentra vivas las fuentes de la energía." Lo peor que le parece de esta masa al insigne autor de "La epopeya castellana en la Edad Media", es que no produce elementos directores en un grado suficiente. "Pero los produce, sin duda; nunca han faltado ni faltan ahora grandes españoles capaces de tomar las riendas... Y se producirían más, y la eficacia de los que hay aumentaría, conforme se fuese logrando modificar el ambiente social y político, corrompido por vicios y defectos tradicionales y adquiridos."

Para lo que ahora se estila, es indudable que don Ramón Menéndez Pidal orientase en un optimismo discreto. Y he aquí dos afirmaciones suyas concretas: "No tenemos con la América española la comunicación que podíamos tener. Se exagera, sin embargo, su pequeñez. Mezcláremos mejores o peores libros; pero el hecho es que, según las estadísticas, ningún pueblo supera a España en el envío a América de libros impresos."

Y esta obra: "En el aspecto científico que es el que yo conozco, y al que consagro todas mis energías, hay (en España) un progreso evidente. Me refiero, no al valor variable de los individuos que a la ciencia se dedican, sino a las condiciones generales de la vida científica. Claro es que el señor Menéndez Pidal, por la índole de sus estudios y enseñanza, sólo se relaciona directamente con los estudiosos y estudiantes escogidos, con la aristocracia, puede decirse, de los últimos, nos decía poco ha un profesor ya viejo, de la Facultad de Derecho de Madrid:

"Hace veinte o treinta años era superior el nivel de los estudios de los estudiantes; la mayoría de los de entonces ni eran tan radicalmente desahuciados como los de hoy, ni se trataban la desconsoladora ignorancia ni el desprecio al estudio y a enterarse de las cosas que son frecuentes en la actualidad. En cambio, los buenos estudiantes, los aficionados al saber, los que estudian con gusto o interés, independientemente de las ventajas sociales y económicas que se buscan en las carreras, son hoy e mayor número y más intensos en su afición que antes."

De todas suertes, es indiseñable que si la observación de nuestra patria nos ofrece puntos de vista ingratos y deprimentes, hay también otros agradables y alentadores. ¿Por qué fijarse siempre en los primeros y nunca en los segundos?

A. S. R.

Al hendir una nave en una Iglecia

Sagrada virgen, de los cielos Reina, Más prodiga a los míseros mortales Que oro en los Andes peña El claro Sol, que el mar guarda corales, Y en su círculo arenas, Y blancas azucenas.

Y rosas viente al despertar, la Aurora: Oye mi voto cándido y ferviente: Para ensalzar del Ser Omnipotente El lugar sacro donde el Hijo mora: Un rayo de tu luz brille en mi frente, Templo mi lira, divina Señora.

Dios de Israel que apartaste Las olas del mar airadas Y del Jordán a tu vista Retrocedieron las aguas: Señor de Jersalén, A cuya triunfal entrada, Acitando los olivos Y sacudiendo las palmas,

Hombres, vírgenes e infantes Hosanna!... Hosanna!... cantaban En la tierra, y en el cielo Las ángeles escuadras.

Tú que en cenarro refrigilente Recorres la extensión vasta Del espacio, y ves los mundos Que giran bajo tus plantas, Tiende tu vista benigno Desde la excelsa morada,

Hoy que un nuevo Araoz humilde Bautiza tu santa casa: Depon el rayo trueno y la fulminante espada, Haz que resuenen en ella Tus gloriosas alabanzas.

Haz que descendan del cielo Tus bendiciones sagradas, Sobre el pueblo que te adora, Y tu Omnipotencia canta, Escucha, Señor, los himnos De aquesta tribu erstitiana,

Que no te será algún día Cual la de Efraim, ingrata. Hoy, Señor, tu Costa Espasa En el tablado te agarda, Velado en mística nube De alce, de mitra y ámbur,

Y al ver llegar, risueña Ante sus hijas se alza, Refulgente con tu gloria Y gozosa con tus gracias: Y como el Líbano fértil, Emula de Sion casta, De verdes cedros cenida La augusta frente levanta.

Más los hombres ¿qué harán sino mal? No mataron su mismo Señor? ¿Puede ser a su hermano leal, El que fue con su padre traidor?

Más ese sumo Dios que el crbe mira, Nos dió desde su trono celestial A ti, un alma feliz, y a mi una lira, Para hacerte yo eterno, a ti inmortal.

Con piedras, sí, que los cantos, Siempre por Dios se pongan, Cual los de Homero y Ovían, Se vuelven himnos de gloria.

